

CAPITULO VI.

LAS REVELACIONES DE LA LIBERTAD.

El error más grave cometido por Napoleón III, fué pensar que entre la libertad y su Imperio cabia género alguno de alianza y de reconciliacion. Cuando un César ha herido el derecho, no puede pedir ni fuerza ni aliento á su victima. La libertad no es para él aquella casta musa de resplandores celestes, que da, como el sol á sus planetas, luz y calor; sino la Medea furiosa, cuya justicia, por implacable, tanto se parece á la venganza. Así es que, imposibilitado de calentar su Imperio en la gloria, buscó el arrimo de la libertad, que sólo debia en cumplimiento de leyes inflexibles, darle impiamente la muerte. Los innumerables periódicos que habian salido á luz desde la abolicion de las previas autorizaciones; los libros, escritos por ardientes publicistas en el destierro, que atravesaban la frontera y se esparcian entre las familias; los discursos de los clubs, que respiraban odio y venganza, habian arrojado á manos llenas siniestros reflejos sobre la tétrica figura de aquel César tocado de una completa decadencia.

B.

Contábanse cosas increíbles, pero fundadas en datos auténticos. Extraíanse los documentos secretos de los archivos del Haya, y se publicaban las protestas que el rey Luis, al abdicar la corona de Holanda, escribió contra los desórdenes de su mujer, la reina Hortensia, y contra los hijos adulterinos que habia puesto bajo el patrocinio de su nombre, entre los cuales se contaba el Emperador de los franceses. Los mismos legitimistas, que debian haber guardado cierto respeto al representante último de la régia majestad en su patria, contaban que el cardenal Fesch decia estas palabras: «Cuando se trata del origen de sus hijos, Hortensia se embrolla siempre en sus cálculos.» Andaba de mano en mano la copia de una carta dirigida por el esposo legítimo de Hortensia al Papa Gregorio XVI, con motivo de la rebelion del futuro César y de su hermano mayor, misteriosamente muerto en aquel terrible trance. La copio á la letra: «Santísimo Padre: decia, mi alma está opresa de dolor y mi corazon estremecido de indignacion, al saber la criminal ten-

tativa de mi hijo contra el gobierno de vuestra Santidad. Mi vida, ya tan dolorosa, debía ser probada por el más cruel de todos los dolores, por la noticia de que uno de los míos haya podido olvidar hasta ese extremo los beneficios con que vuestra Santidad ha distinguido á mi desgraciada familia. El infeliz hijo mio ha muerto: que Dios se haya de él apiadado. En cuanto al segundo, Luis Napoleon, que usurpa mi nombre, en cuanto á ese, nada tengo que ver con él, porque en nada me toca ni me pertenece. Consiste la mayor de mis desgracias en tener por esposa á una verdadera Mesalina...» Añádase á esto que el príncipe Napoleon, el eterno conspirador del Palacio Real, comunicaba á todo el mundo una carta de su difunto padre, en la cual se le decia claramente al César: «tú has usurpado nuestro nombre y nuestra herencia, porque nada tienes de Napoleon.» Y se decia por algunos chuscos, que el Emperador respondió: —¡Nada!—Pues tengo la familia.—¿Le parece á V. poco?»

Los versos épicos, dantescos de Víctor Hugo, aprendidos de memoria por toda aquella generacion, tenían mucho de sublime, y rodeaban de deslumbrantes resplandores á la víctima misma á quien herian. Pero en este último período, la historia augusta, la historia que refiere las largas decadencias, penetraba en los más hondos senos del Imperio, y describía la persona del Emperador, demostrando que había corrido por el mundo y pasado de período en período de aquella su época tristísima como una moneda falsa. Aludiendo á las esperanzas que habían fundado los parlamentarios en su ineptitud durante el período de las pretensiones á la presidencia para gobernar en su nombre, y al gran concepto que luego tuvo por algun tiempo en el trono á los ojos de aquellos que miden la altura de la estatua por la altura del pedestal, decia de él su augusto primo Jerónimo Napoleon estos dos dichos que han llegado á ser célebres: «Dós veces ha engañado á Francia,

Luis Napoleon, una haciéndose pasar por tonto, y otra por hombre de talento.» «No me extraña que el pueblo francés haya tomado este ganso por un águila; pero me extraña que no haya visto Europa desde el primer día lo pesado y lo corto de su vuelo.»

Francia ente ra había rectificado su juicio respecto á Luis Napoleon. La luz encendida en el destierro se reflejaba de una manera siniestra sobre su frente, como la antorcha de vengativa Enmenide. Ya todo el mundo convenia en que aquel hombre estaba completamente privado de conciencia. El sentido moral le faltaba en el alma como á los ciegos les falta la vista. Su inteligencia, sin ser escasa, era perpleja, porque se consumia en la duda, como su voluntad en la incertidumbre. Tres cosas tenía que le daban extraordinario prestigio: la impasible uniformidad de su pálido rostro, el pertinaz mutismo de su lengua, la vaga soñolencia de sus ojos: entre tantas sombras creían descubrir el génio cuando sólo se encerraba el vacío. Educado para las conspiraciones por su astuta madre; conspirador perpétuo él mismo; en los accidentes de la política, en sus emboscadas tenía un verdadero maquiavelismo. Pero en las altas cimas le engañaba todo el mundo. Le engañó Palmerston haciéndole creer que tenía un grande interés en conservar la prepotencia marítima de Inglaterra y su influjo en el mundo; le engañó Cavour, arrastrándole de la confederacion por él propuesta á la unidad entera de Italia que le debía traer tantas dificultades; le engañó Prim en Méjico; le engañó Bismark en Sadowah; le engañó Emilio Ollivier comprometiéndole en la política de la libertad que debía ser la causa primera de su total perdicion y de su ruina. Y este hombre que se dejaba engañar por todo el mundo no creía ni en el desinterés ni en la virtud de nadie. Los que tienen corrompida el alma son como los que tienen ictericia; todo lo ven del color de su enfermedad moral. Este es siempre el fruto venenoso que da la vida de aquellos hombres

educados en malos ejemplos dentro de su familia y que solo saben agitar las sociedades humanas, no para renovarlas sino para oprimirlas, haciéndolas como las mancebas de sus torpes ambiciones. Así no necesitaba reparar en los medios, y como no necesitaba reparar en los medios, no necesitaba reparar tampoco en las amistades. Rodeábanle gentes sin escrúpulos y sin conciencia, porque hay en el mundo algo inferior á los Césares, y son sus cortesanos, los hombres que se arrastran á los piés de aquel que solo sabe arrastrarse, los hombres que viven de sumirse en las inmundicias y en la podredumbre de toda tiranía. En esta série de infamias no había quien no tuviera algun documento, algun papel secreto que podia tiznar todavía más el negro nombre y la negra memoria de Napoleon III. Y á los poseedores de estos papeles guardábales una fidelidad inalterable, aunque sus crímenes fuesen grandes, y sus deservicios como sus crímenes. El baron Hubner, que por aquel tiempo escribía ya un libro sobre la historia de Napoleon III, libro destinado á tener despues un grande renombre, aseguraba que en las Tullerías todo el mundo se explicaba el poder de ciertas increíbles privanzas por esta frase muy extendida y muy gráfica: «ese tunante tiene papeles.» Era pues el dueño de Francia como aquellos Césares de la decadencia romana, el reflejo de la decrepitud en la inmoralidad y en el vicio. Su endiosamiento había llegado á tal extremo, que se creía infalible é impecable como los mónstruos que más han deshonrado á la humanidad se creían, en cuanto con sus inmundas plantas tocaban el trono, como inmortales, como dioses. Así no admitía ni el consejo desinteresado, ni la contradiccion saludable, ni las observaciones más sensatas, rodeado de cómplices, de aduladores, de cortesanos, que lo embriagaban y lo enervaban con el veneno de su incienso. Y entre estos cortesanos habían muerto los más perversos quizá, pero los más inteligentes, quedando los

estúpidos, no ménos corrompidos y viles. Luego tenía preferencias por todos esos aventureros, que huyen de la pátria, por huir de toda responsabilidad, y que suelen cambiar de nombre como de doctrina, y creer que basta para rejuvenecerse moralmente traspasar una frontera. Estas gentes le aconsejaban que sostuviera un fausto oriental, y le pedían que lloviera oro y favores todos los días sobre sus espinas dorsales profundamente encorvadas, y sobre sus vacías frentes siempre abatidas en el polvo. Creía el mundo que era el hombre del Dos de Diciembre un valiente porque le sonriera la fortuna, cuando en realidad estuvo aquella noche mil veces á punto de comprometerlo todo con sus desfallecimientos y su cobardía. Creían que era decidido y resuelto porque le veían partir derechamente á su objeto cuando no se resolvía á nada sino despues de lentas meditaciones y de terrible incertidumbre. Cedia algunas veces á los impulsos de su helado corazon, á la voz de su apagada conciencia; pero casi siempre al temor de perder su trono, de comprometerlo, como su única política era conservarlo, para conservar el poder, y con el poder la mayor facilidad en los placeres y en los goces. Su disimulo constante había llegado á infundirle hasta desconfianza de sí mismo. Su vanidad era pueril, y se contentaba con que el mundo le creyese un protagonista en la escena de la política, cuando era un comparsa; con que lo creyese el director de los acontecimientos cuando se echaba en su tortuoso curso para ser por los acontecimientos impedido á una especie de inevitable destino, porque este aventurero coronado creía, como todos los aventureros vulgares, en la fatalidad. Su único medio de gobierno estaba en la corrupcion, su palanca única en el oro. Así la nube de sus cortesanos pasaba de sus salones á la Bolsa, y de la Bolsa á las estafas enormísimas, como esos animales inmundos que sólo se alimentan de la corrupcion. No puedo resistir á la tentacion de copiar algu-